

La Identidad, La Integración y La Misión de América Latina



Omar Ibergoyen Palva

Deseamos expresar nuestro agradecimiento al Departamento de Comunicaciones del Obispado de San Felipe, Chile, por su colaboración en la realización de esta impresión.

El autor de este trabajo, Omar Ibargoyen Paiva, es un abogado uruguayo que ha dedicado muchos años de su vida al trabajo con la juventud, buscando crear una fuerza de personas completamente dedicadas a la construcción de una sociedad renovada, basada en hombres nuevos.

Ha escrito varios libros y numerosos artículos destinados principalmente a la formación de dirigentes, a fortalecer los valores de la familia y a producir un cambio de mentalidad que contribuya a la unidad y al progreso integral de nuestro continente.

PROLOGO

Los organizadores de la Feria Latinoamericana del Libro realizada en abril de 1991 en Concepción, Chile, solicitaron al autor la presentación de una ponencia, cuyo texto constituye el contenido de esta publicación.

Los temas sobre la identidad y la integración de América Latina, así como sobre su misión en este momento histórico, son parte de los temas tratados en el Movimiento Latinoamericano ¡Viva la Gente!, cuyo Elenco está dedicado a tiempo integral desde enero de 1970 a trabajar por una nueva América Latina.

Las propuestas relacionadas con la necesidad de un renacimiento cultural procuran destacar el papel fundamental de la cultura como medio para alcanzar los objetivos que se indican.

En momentos en que se acerca la fecha de los Quinientos Años del encuentro de dos mundos que significó el 12 de octubre de 1492, esperamos que esta publicación represente un modesto aporte, especialmente la parte que se refiere a la misión de América Latina.

O.I.P.

I) La identidad de América Latina.

Antes de entrar en el tema de la unión y la integración entre los países de nuestro continente, corresponde analizar -aunque sea someramente-, más allá de su aspecto económico o de otros aspectos, si existen suficientes razones para que se pueda hablar de América Latina como una unidad, o, al menos, como un conjunto de países que tienen elementos fundamentales que los unen por encima de sus diferencias.

Se trata de un tema previo al de la integración, ya que ésta no tendría razón de ser si lo que nos separa es más fuerte que lo que nos une.

Cada una de las naciones latinoamericanas está orgullosa de su propia historia, tiene una mentalidad, costumbres, folklore, escritores e instituciones propias; en una palabra, una cultura con ciertas características comunes desarrolladas a través de un largo tiempo de convivencia, luchas y esfuerzos para irse conociendo y afirmando ciertos valores, y también desvalores, comunes, que se traducen en un estilo de vida común.

Todo eso no impide, como veremos más adelante, que esas naciones puedan tener algunos o muchos aspectos comunes con las naciones vecinas, de la misma manera que los integrantes de una misma familia tienen cada uno, una personalidad propia, sin dejar por eso de ser parientes o hermanos de los demás integrantes. Por eso el pensador venezolano Arturo Uslar Pietri escri-

bió: "Constituimos uno de los conjuntos de naciones más homogéneas por causa de la lengua, la religión y la cultura".

Sabemos incluso que en numerosos casos esas naciones libraron guerras contra los españoles, representantes de su "madre patria", y contra los países o naciones vecinas, y que en ocasiones aún subsisten algunas rivalidades, aunque ellas, afortunadamente, tienden a desaparecer.

Además, es evidente que existen por lo menos cinco o seis grandes regiones con características étnicas y culturales propias en el continente, representadas, una, por México; otra, por las naciones del Caribe (Cuba, la República Dominicana y las antiguas colonias inglesas, francesas y holandesas, que, a pesar de provenir de un origen cultural diferente, han demostrado interés en integrarse al Sistema Interamericano); luego tenemos a América Central y, después, a América del Sur donde, a su vez, están por un lado los países andinos - Venezuela, Colombia, Bolivia, Perú, Ecuador; los del llamado Cono Sur - Uruguay, Argentina y Chile, y también, según la última tendencia, Paraguay, sobre todo como resultado de su desarrollo en los últimos años; y, finalmente, Brasil.

5

Naturalmente, como todas las clasificaciones, esta división es solamente aproximativa, y puede ser objeto de diversas observaciones. Por ejemplo, Chile pertenece geográficamente a la zona andina; pero por su economía y su cultura se lo incluye en el Cono Sur.

A su vez, dentro de Brasil pueden distinguirse cinco zonas geoculturales claramente definidas por sus características propias; y lo mismo sucede con Argentina, México, Perú, Colombia, Venezuela y otros países.

Sin embargo, a pesar de esas diferencias notorias, es innegable que también existen muchos factores comunes que nos unen, como la lengua, la historia, la religión, y una serie de factores étnicos y culturales.

Aunque los procesos históricos de los países latinoamericanos tengan diferencias entre sí, su etapa inicial siguió caminos semejantes - con excepción de Brasil, que obtuvo la independencia sin una guerra-; luego recorren etapas parecidas -no idénticas, ni exentas de conflictos- hasta llegar a la vigencia de las instituciones democráticas, y hoy están cada vez más unidos por intereses y necesidades comunes.

No se niega que América Latina es un crisol de razas; pero es un hecho que, aunque existe un mestizaje creciente con las razas indígenas y con los descendientes de africanos, predominan los descendientes de españoles, portugueses e italianos; o sea que, aunque no en forma exclusiva, la raza y la cultura latina constituyen un factor común, con todas sus cualidades y debilidades. Al mismo tiempo, es manifiesta, y, a menudo, creciente, la participación de muchas otras razas, tanto europeas como asiáticas.

Merece descartarse el hecho de que todas las razas que han inmigrado a América Latina

han sido integradas y sus valores culturales asimilados; no conocemos la existencia de "ghetos" o minorías raciales separadas por el resto de la población en el continente.

Como otra prueba de la existencia de una "identidad latinoamericana" podemos citar la reacción de alegría y fraternidad que se produce en cualquier latinoamericano cuando, estando en Europa o un país lejano, encuentra a otro latinoamericano; y también la actitud general de parte de las personas de los demás continentes que consideran a toda América Latina como una región en la que predominan ciertas características comunes (lo que a veces puede dar lugar a juicios equivocados).

Relacionado con el tema de su identidad está el del **nombre** con el cual corresponde referirnos al conjunto de naciones que habitan al sur del Río Grande. Comencemos por aclarar que no es correcto referirse a los habitantes de Estados Unidos de América del Norte como "los americanos", ya que americanos somos todos los que habitamos en América, tanto América del Norte, como América Central o del Sur.

Es sabido que el término Hispanoamérica se usa para referirse a los países habitados principalmente por los americanos originarios de las colinas de España, e Iberoamérica para abarcar también a Brasil, originariamente colonizado por Portugal.

También algunos usan la expresión Indioamérica para resaltar la presencia de las razas autóctonas en el continente, que según E. Mayer, Masferrer y otros antropólogos llegaban a unos

veintiocho millones en 1979, y según el ajuste hecho por H. Maletta en 1981, serían veinte millones, cuyo origen, de acuerdo a la opinión más aceptada, fue Asia.

El nombre "América Latina" comenzó a ser usado en 1851 por José María Torres Caicedo, ilustre escritor colombiano que ocupaba un cargo diplomático en París y fue redactor de un periódico publicado en español en Europa. El término fue luego divulgado por un grupo de intelectuales hispanoamericanos, especialmente los uruguayos Carlos María Gutiérrez, Alejandro Magariños Cervantes y José Enrique Rodó -que usa tanto el término Hispanoamérica como América Latina-.

También en esa misma época el nombre América Latina comienza a ser adoptado a nivel de instituciones internacionales, como por ejemplo el Vaticano, que lo usa para designar el "Colegio Latinoamericano".

En 1948 el uso del término se oficializa con la creación de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), importante organismo de Naciones Unidas con sede en Santiago de Chile. Y la Organización de los Estados Americanos (OEA), creada en Bogotá en la misma fecha, también adopta en sus publicaciones la expresión América Latina, por considerarla un concepto más amplio que incluye no sólo a los descendientes de España, sino a los de Portugal e Italia.

La creación de la OEA inició el Sistema Interamericano, que sustituyó el anterior, la Unión o Sistema Panamericano, creado el 14 de abril de 1890, considerado por esa razón el Día de las Américas.

La OEA es uno de los principales organismos que se ocupan de los problemas y necesidades comunes de nuestro continente, y que tiene como objetivo ayudar al entendimiento y la unión entre sus países. Sin embargo, sus resultados han sido insuficientes. Veamos entonces con mayor atención el tema de la unión y la integración de América Latina.

II) El mandato histórico de nuestros próceres

Los grandes próceres de nuestra independencia y los fundadores de nuestras naciones nos legaron el mandato de realizar una integración en el sentido más amplio.

"La libertad de América es y será siempre el objeto de mis anhelos", afirmó José Gervasio Artigas, quien luchó por la unión de las naciones del Virreinato del Río de la Plata en una confederación semejante a la propuesta en la Constitución de Massachusetts, en los Estados Unidos de América del Norte. Esa fue la propuesta que los diputados orientales electos en el Congreso de abril de 1813 llevaron a la Asamblea reunida en Buenos Aires, y que después se transformó en el Plan para una Constitución Federativa para las Provincias Unidas de la América del Sur, al cual también llamó "el gran sistema", y también la "patria grande" o la "patria americana".

Simón Bolívar escribió en 1818: "Habitantes del Río de la Plata: La República de Venezuela, aunque cubierta de luto, os ofrece su hermandad, y cuando, cubierta de laureles, haya extinguido los últimos tiranos que profanan su

suelo, entonces os convidará a una sola sociedad, para que nuestra divisa sea la Unidad de la América Meridional".

"Mi país es toda América", proclamó el General José de San Martín. Y también dijo: "Yo nada temo del futuro de nuestro continente mientras estemos unidos; de lo contrario, sufriremos daños incalculables".

También Bernardo O'Higgins, de Chile, luchó por la liberación de Perú, y por la unidad de las naciones del continente; y Morazán luchó por la unión de los países centroamericanos. Muchos otros grandes líderes latinoamericanos tuvieron la visión de la unión de nuestros países.

Sin embargo, nuestro continente se dividió en numerosos países. San Martín y O'Higgins murieron exiliados, uno en Francia y el otro en Perú, y Artigas falleció exiliado y semi-prisionero en Paraguay. Morazán fue fusilado por sus compatriotas centroamericanos, y Bolívar sufrió numerosos atentados contra su vida, muriendo desilusionado en Santa Marta, diciendo: "Hemos arado sobre el mar".

¿Hemos reflexionado sobre estos episodios de nuestra historia y aprendido sus enseñanzas, para que esos episodios no continúen repitiéndose?

Una de esas enseñanzas sería que no es suficiente con que existan líderes capaces y entregados a una causa justa, sino que también es

necesario que se dé una respuesta al espíritu de rivalidad, la envidia, la desconfianza, las ambiciones personales y de grupos y la falta de visión de muchos de aquellos que ocupan posiciones de influencia y tienen poder de decisión, y de los mismos pueblos.

O sea, que es de fundamental importancia trabajar para educar en la comprensión y la afirmación de nuestros grandes intereses y valores comunes, humanos, morales y culturales, en especial aquellos valores de la solidaridad, que constituyen la parte más noble de nuestra cultura.

Evidentemente, para esa educación en los auténticos valores los escritores, artistas, intelectuales, comunicadores sociales y educadores desempeñan un papel de fundamental importancia.

III) Las nuevas exigencias de la situación mundial.

Actualmente existe una incontenible e irreversible **tendencia mundial** a la intensificación de la competitividad y la sofisticación de los adelantos tecnológicos de los productos y, como consecuencia, a la regionalización y la formación de bloques económicos e, incluso, en la etapa final, a la interdependencia y la globalización de los procesos económicos.

El desafío de esos procesos en el mundo actual hace cada vez más necesaria la apertura y la modernización de las estructuras productivas y de los mercados. Los precios de los productos básicos, principal exportación de muchos países en desarrollo, se deterioran progresivamente, y, en algunos casos, esos productos se han vuelto obsoletos.

En 1992 se producirá un acontecimiento de importancia histórica, al ponerse en práctica los acuerdos para la unificación total de los doce países de la **Comunidad Económica Europea (CEE)**, que la convertirá en la mayor potencia económica del planeta. Además, esa potencia podría aumentar enormemente si al grupo de naciones que la integran actualmente llegaran a unirse, según muchos pronósticos, los países escandinavos y las naciones de Europa Oriental. Estas últimas naciones se están esforzando para realizar las transformaciones económicas y políticas que las capaciten para ser aceptadas como integrantes de la CEE.

Los países del **sudeste asiático** y de la zona del Pacífico, siguiendo el ejemplo de Japón, se están uniendo y se han convertido en la región de crecimiento industrial y comercial más acelerado del mundo.

Estados Unidos y Canadá ya establecieron una zona de libre comercio entre ellos, y **México**, se está preparando a integrarse a esa poderosa alianza económica.

Esos grandes bloques económicos tienden

a proporcionar muchos beneficios a las naciones que los integran, pero suelen obstaculizar mediante diversas medidas el acceso a su área comercial por parte de las otras naciones. Si las gestiones actuales de la Ronda Uruguay del Acuerdo General de Comercio y Aranceles (GATT) continúan sin lograr acuerdo sobre ciertos temas, las consecuencias para América Latina pueden ser desastrosas.

Si fracasan esas gestiones de la Ronda Uruguay, es altamente probable que se produzca una **guerra económica entre los grandes bloques** de potencias, la cual tendría sus efectos más perjudiciales sobre los países menos desarrollados y no integrados a ningún bloque.

En este contexto mundial se vuelve **urgente la necesidad de buscar la integración económica de nuestros países** como una alternativa que sirva para ampliar nuestros mercados, atraer inversiones de capitales, incrementar nuestro desarrollo mediante la cooperación financiera y tecnológica, y fortalecer nuestro poder de negociación frente a las grandes potencias.

En junio de 1990 el Presidente George Bush propuso a los países latinoamericanos la llamada "Iniciativa para las Américas", que consistiría en un gran acuerdo comercial que abarcaría desde Alaska hasta la Tierra del Fuego, unión que podría irse realizando a través de acuerdos bilaterales.

No se niega que semejante asociación redundaría en beneficios para la poderosa nación del norte, especialmente en momentos en que co-

mienza a experimentar una recesión y se forman grandes bloques que posiblemente pongan obstáculos a sus exportaciones. Sin embargo, si se realiza un acuerdo sobre bases justas y equitativas para todas las partes, también Latinoamérica podría resultar grandemente beneficiada. Como dice Carlos Salinas de Gortari, el Presidente de México, sería "una complementación" de los esfuerzos que ya vienen realizando nuestros países hacia la integración.

La situación mundial hace que la integración se esté convirtiendo en una condición imprescindible para evitar la marginación total y sobrevivir en la durísima competencia entre los grandes bloques económicos. Es necesario ser prudentes; pero la excesiva desconfianza ya ha producido demasiada división en nuestro continente desde el comienzo de su historia hasta los días actuales.

Debe tenerse en cuenta la disparidad de situaciones entre los diferentes sectores y países, especialmente en el grado de desarrollo tecnológico e industrial. Por eso **el proceso de integración debe ser gradual y progresivo**, para que puedan tener éxito los esfuerzos para superar previamente la existencia de factores de grave perturbación, como la elevadísima inflación de algunos países -durante 1990, en Argentina 4.000%; en Brasil, 1.500% y en Nicaragua, 13.000%- , la disminución de la excesiva intervención estatal en la economía y en el comercio, la realización de acuerdos que disminuyan la pesada carga de la deuda externa- como lo consiguieron México, Venezuela, Costa Rica y Uru-

guay-, lograr la efectiva vigencia del respeto y la libre iniciativa, etc.

La ALADI, tomando en consideración todos los aspectos mencionados, está utilizando como recurso principal para esa integración progresiva los acuerdos de preferencias tarifarias regionales, que establecen la desgravación progresiva del comercio. En síntesis, es necesario prepararse para la integración logrando una economía moderna, estable, abierta y competitiva.

Los esfuerzos anteriores hacia la integración obtuvieron resultados insuficientes, a pesar de la creación de numerosos organismos que trabajan para ayudar a su realización. Entre esos numerosos organismos los principales son la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC), creada por el Tratado de Montevideo en 1960, y la **Asociación Latinoamericana de Integración (ALADI)**, consecuencia de la transformación de la anterior afectada por otro tratado en 1980 también en Montevideo.

Hay mucho camino que recorrer. En 1989 los 11 países miembros de la ALADI tuvieron entre ellos un comercio exterior de sólo 22 mil millones de dólares, mientras que su comercio con otras partes del mundo ascendió a 153 mil millones. Esa participación en el comercio mundial es decreciente, como consecuencia de las transformaciones económicas ya mencionadas, habiendo retrocedido sus exportaciones de un 4% en 1970 a un 3.3% en 1989, y sus importaciones de un 4.2% en 1975 a un 2.3% en 1989, indicando una creciente marginalización a nivel mundial. Esa marginalización también se manifiesta en la

enorme disminución de las inversiones privadas de los países desarrollados en América Latina -bajaron del 13 al 5% entre 1980 y 1988-, y en las dificultades de acceso a los adelantos tecnológicos. (Datos estadísticos tomados de la CEPAL).

Todas estas razones muestran la necesidad de ampliar el mercado latinoamericano, no como solución milagrosa- ya que son mercados restringidos en términos comparativos- ni como sustituto del intercambio a nivel mundial, sino como un complemento importante e indispensable.

Es cierto que la ALALC y la ALADI sólo obtuvieron resultados relativos. Ello se debe a una serie de situaciones de los países de la región, así como al hecho de que el organismo no tiene más poder de decisión que el que le dan los gobiernos que lo integran.

Pero, a pesar de las dificultades existentes, la ALADI desempeña un papel muy importante como centro de estudios, negociaciones, propuestas y acuerdos. Además, la nueva situación continental y mundial hace que su función adquiera mayor importancia, especialmente si se tiene en cuenta que la población de América Latina superará los **500 millones de habitantes en el año 2.000**, y la gran oportunidad y al mismo tiempo desafío que significaría la concreción de una asociación de libre comercio junto con Estados Unidos de América del Norte y Canadá.

Debido a las dificultades para lograr la integración simultáneamente entre todos los

países, en especial por la disparidad y la inestabilidad de sus economías, en los últimos años se ha buscado con mayor realismo -y mayor éxito- la realización de **acuerdos bilaterales o regionales**, siendo los principales ejemplos los acuerdos entre los países de América Central, entre los países andinos, y entre los países del Cono Sur. Los acuerdos de integración entre Brasil, Argentina, Uruguay y Paraguay alcanzarán plena vigencia en 1995, estando abiertos a la participación de los demás países de la ALADI.

El restablecimiento de las instituciones democráticas en los países de América Latina también es un factor que favorece la integración, al propiciar la homogeneidad de los sistemas políticos, superar algunas rivalidades y estimular el intercambio y el acercamiento entre sus pueblos.

Al mismo tiempo, **la participación del pueblo** en los regímenes democráticos hace posible que el desarrollo y la integración económica sea acompañada por políticas de solidaridad social, para lograr un desarrollo integral y equilibrado que beneficie al mayor número posible de personas.

Una de las razones de los escasos progresos de la integración de América Latina ha sido la tendencia a limitarla al aspecto económico, y, dentro de éste, a los intereses inmediatos, que varían según los momentos y las diferentes situaciones de cada país.

Hemos visto el mandato histórico de nuestros próceres a favor de la unión y la integración de nuestro continente, y también las exigencias de la nueva situación mundial en el mismo sentido.

Ahora ha llegado el momento de ver otras razones aún más importantes para la integración. La unidad entre las personas o las naciones no es el fin último, sino la consecuencia de otros factores, entre los cuales los principales son la aceptación de un objetivo común, una relación de respeto y, si es posible, de fraternidad entre las partes.

Por eso trataremos a continuación el tema de los objetivos más altos a que está llamada América Latina, y, finalmente, el tema relacionado con el papel que le corresponde desempeñar a los trabajadores de la cultura en la realización de esos objetivos.

IV) La misión de América Latina

Un conjunto de naciones que tienen un mismo origen cultural e histórico -idioma, costumbres, tradiciones, religión- y necesidades y aspiraciones semejantes en lo económico, en lo político y en lo cultural, seguramente debe tener un destino común.

La Comunidad Económica Europea nos está demostrando que aún países tan heterogéneos como los europeos, que incluso tienen una historia de profundos odios y guerras entre

ellos, han logrado construir la unidad a nivel económico y político -ésta última manifestada en la creación del Parlamento y una serie de autoridades europeas- que está llevando a todo aquel continente a una nueva era de paz y prosperidad.

Sin embargo, debería mencionarse más a menudo que esos progresos comenzaron y avanzaron principalmente debido a la lucha de unos pocos estadistas de gran visión y coraje que supieron ver más allá de los intereses inmediatos de sus países, y superar los prejuicios y rivalidades existentes. Esos hombres fueron Robert Schumann, de Francia, Konrad Adenauer, de Alemania, y Alcides de Gásperi, de Italia, quienes habían fortalecido una gran amistad y elaborado objetivos y planes comunes entre ellos.

La enseñanza consiste en que es de gran importancia que los dirigentes latinoamericanos tengan también una visión amplia sobre el destino de nuestros países y nuestro continente, y una gran dedicación a trabajar unidos para su realización. Actualmente existen signos promisorios en ese sentido, favorecidos por la mayor apertura de las relaciones entre los pueblos como consecuencia de la existencia de regímenes democráticos en casi todos los países latinoamericanos.

Eso significa **apoyar** a los dirigentes y gobernantes que trabajan por esos ideales, y darle prioridad a la formación de dirigentes que sean incorruptibles e ininfluenciables, que tengan firmeza y tenacidad de carácter, que sean capaces de un amor realista y desinteresado, que tengan creatividad y dinamismo, sean capaces de cooperar y promover solidaridad, y sean poseedores de una gran visión con la cual inspirarse a sí mismos y a los demás.

Al mismo tiempo, es necesario **estimular y movilizar** el anhelo que existe en lo más profundo del corazón de **los pueblos latinoamericanos** por un continente unido, sin corrupción, próspero, donde no exista el hambre, el desempleo, el analfabetismo, donde se respeten las libertades y los derechos humanos, y donde los valores humanos, morales y espirituales alcancen su plenitud, especialmente los valores del respeto, el amor y la solidaridad.

No basta saber quienes somos y de donde venimos; también es necesario saber adonde vamos, o, mejor, adonde debemos ir.

Para entender mejor nuestra misión como continente, comencemos por observar el actual **contexto mundial** y nuestra ubicación en él. Existe un proceso de regreso a la libertad y la democracia en muchos países, e incluso hacia su establecimiento en áreas del mundo que nunca las tuvieron antes, lo cual significa grandes promesas y oportunidades, y, también, enormes desafíos.

En el caso de los países que vivieron

bajo regímenes comunistas, como los de **Europa Oriental**, que ahora están construyendo instituciones democráticas y una economía de mercado, es necesario completar esa tarea con la reconstrucción política, económica y social, y, principalmente, con un renacimiento moral, cultural y espiritual sin el cual los demás logros no tendrán profundidad ni permanencia.

En el llamado **Primer Mundo**, especialmente en Estados Unidos de América y en Europa, existe un real funcionamiento de las instituciones democráticas y un importante desarrollo económico; pero, al mismo tiempo, vemos que aún falta mucho para la solución al problema del desempleo y para lograr una distribución más justa de la riqueza.

Además, en el mundo industrializado existe un conjunto de problemas que aumentan: los divorcios, la drogadicción, los abortos, el alcoholismo, los suicidios, la violencia... Dichos problemas son consecuencia del permisivismo moral y de la búsqueda del placer y del éxito material como objetivo principal de la vida, que nunca satisfacen las aspiraciones más profundas del hombre y terminan conduciéndolo al hastío, la angustia y la depresión.

Esta situación demuestra que el desarrollo económico es un falso dios que no lleva a las personas y a los pueblos a la felicidad, a menos que esté acompañado por un desarrollo integral en el hombre mismo.

Por eso, **en América Latina** no debemos

copiar a aquellos países, sino solamente aprovechar las enseñanzas y los aspectos realmente positivos que tengan, sin abandonar en ningún caso nuestros valores propios. Japón ha demostrado que es posible hacerlo.

Nuestros países, que actualmente -casi todos- han vuelto a poner en funcionamiento las instituciones democráticas, ahora enfrentan el desafío de demostrar que la democracia y la economía de mercado son capaces de solucionar o de crear mejores condiciones para que se solucionen- los graves problemas existentes, como la corrupción, la división, la demagogia, el desempleo, la deuda extensa, el narco-terrorismo, la inflación, el odio, el hedonismo, la apatía y, sobre todo, la ausencia de verdadero liderazgo en todos los sectores de la vida de los países.

Volver a la democracia sólo a nivel institucional no basta, y deja sin solucionar el problema de fondo. Ya el filósofo francés Jacques Maritain advertía que **"la democracia es un estado de espíritu"**, y el politólogo alemán Karl Friedrich insistía en que es "una forma de vida". Mientras no comprendamos esto, y no modifiquemos nuestra escala de valores y nuestra forma de vida, existirá el grave riesgo de que volvamos a perder las libertades que da la democracia.

El funcionamiento y la eficacia de la democracia depende fundamentalmente de que las personas que viven en su seno aprendan a respetarse y a trabajar juntas para defender y rea-

lizar algunos valores básicos y comunes, sin perjuicio de poder sostener diferentes ideas en muchos otros aspectos. Para lograr eso es indispensable practicar **el auténtico diálogo**, el cual requiere algunas condiciones que generalmente no se tienen en consideración y pocas veces se cumplen.

Entre esas condiciones está la apertura de mente, corazón y espíritu a todas las personas, cualquiera sea su raza, su nacionalidad, su condición social, su credo político o religioso, su sexo o su edad. Es posible que en el campo teórico todos o casi todos pretendan estar de acuerdo con esta condición; pero en la práctica se puede observar que generalmente se practica la discriminación por alguna o varias de las circunstancias mencionadas, y, naturalmente, en esos casos no es posible la existencia de un verdadero diálogo.

Tampoco es posible el diálogo cuando una de las partes adopta actitudes autoritarias o "machistas" que pueden manifestarse de muchas formas, tanto en el campo político como en el familiar y social, siendo una de las más comunes impedir que la otra parte pueda expresar su pensamiento obligándola a callar, alzando la voz para que no se oiga lo que dice, interrumpiéndola constantemente, comenzando a hablar sobre otro tema o trayendo al tema consideraciones de orden emocional o personal, etc.

Otra situación que impide o esteriliza el diálogo es cuando no existe objetividad u honestidad para aceptar lo que sea justo y ver-

dadero, lo que suele suceder cuando una o ambas partes son oportunistas o arribistas, o cuando son los que llamamos en algunos países "vivarachos", o cuando están obcecadas por ciertas emociones o tienen una grave confusión de conceptos.

En esos casos no es posible el entendimiento mínimo imprescindible para que funcione la democracia. Por eso algunos filósofos políticos han señalado la relación que existe entre el carácter y la mentalidad de los habitantes de una nación y la existencia o no existencia de una verdadera democracia en ella. En síntesis, para que exista la democracia es necesario que existan demócratas. Y ser auténticos demócratas no es fácil, generalmente es necesario tener antes una verdadera revolución del carácter.

Y todo esto se aplica también como condición previa para lograr el desarrollo económico y el progreso social y cultural, que dependen en gran parte de la auto-disciplina, la honestidad, el espíritu de responsabilidad y cooperación, el esfuerzo sostenido, la creatividad y el deseo de superación.

De este breve análisis de la situación y las necesidades del mundo y de América Latina se desprenden algunas de las tareas o misiones a cumplir por el conjunto de naciones latino-americanas.

Veamos algunas de las principales:

1) - Demostrar que se puede **vivir la democracia** en su significado más profundo, no solamente a

nivel de instituciones, reglas de juego, mecanismos legales y constitucionales, sino como una forma de vida basada en el respeto, la tolerancia, el entendimiento y la colaboración en la solución de los problemas y el progreso general de la sociedad.

La democracia como forma de vida exige -según ya vimos- un profundo cambio de mentalidad que comienza en cada persona, y luego se extiende a las familias, comunidades e instituciones, partidos políticos, sindicatos, asociaciones de empresarios, profesionales, artistas, educadores, comunicadores sociales y demás sectores vitales de la sociedad.

Principalmente debe significar un "estado de espíritu" en los políticos y en los gobernantes que se traduzca en una actitud de amor y de servicio que los motive a un funcionamiento verdaderamente democrático y participativo de las instituciones y, sobre todo, a demostrar con su propio testimonio de vida que el poder político debe estar siempre al servicio de la persona humana y del bien común, y no al servicio de una clase, un partido, un grupo, una raza o un sistema.

2) - **Crear un orden social y económico** que logre la libertad, la justicia y la solidaridad; que favorezca un desarrollo integral que abarque a todo el hombre y a todos los hombres; que tenga en cuenta no solamente el bienestar de la generación actual sino el de las generaciones futuras; que no se dedique exclusivamente al crecimiento económico despreocupándose de los efectos perjudiciales de la contaminación; que

otorgue la atención debida al progreso en lo social y en lo cultural, y no sólo en lo económico.

Una condición para todo esto es que disminuya el intervencionismo del estado y que aumente la iniciativa, el sentido de responsabilidad y la sensibilidad social de los individuos y los grupos sociales intermedios.

3) - **Poner en práctica el respeto de los derechos esenciales de la persona humana**, cualquiera sea su condición social o económica, su raza, su nacionalidad o su credo político o religioso.

Esos derechos se fundamentan en la dignidad del ser humano, por ser éste capaz de pensar y discernir entre la verdad y el error y entre el bien y el mal, y de optar entre ellos; por ser capaz de aprender, crecer y cambiar; de elegir entre el egocentrismo y la maldad, o la generosidad y la entrega, según siga sus impulsos primarios o su naturaleza más noble o espiritual.

Entre esos derechos están los llamados derechos **individuales**, o sea, el derecho a la vida, a la libertad de expresión del pensamiento, la conciencia y el culto, a la seguridad, a la propiedad, a la justicia; y los derechos **sociales y políticos**, es decir, el derecho a la educación y la cultura, a la salud, al trabajo, a trasladarse libremente, a reunirse y asociarse, a participar en la elección de sus gobernantes, etc.

Sin embargo, en la realidad la mayoría de esos derechos no son respetados en muchos países, porque se desconoce o se olvida esa dignidad de la condición humana. Es innegable también que muchos de esos derechos, especialmente los llamados sociales, como el derecho al trabajo o a la salud, significan prestaciones o servicios por parte del estado o de sectores de la sociedad que no siempre pueden cumplirse.

Pero lo verdaderamente grave, la **violación de los derechos fundamentales** como el derecho a la vida y a la libertad, es que se produzca no solamente en los regímenes dictatoriales o totalitarios, sino en regímenes democráticos, por una serie de causas; pero, en realidad, por la no comprensión o no aceptación del concepto de la dignidad de la persona humana.

La explicación radica en que, cuando se tiene una **concepción antropológica** puramente materialista y se reduce al hombre en última instancia a un animal evolucionado y, en consecuencia, se desconoce su condición de ser que también tiene una parte espiritual y trascendente, entonces ya no se lo considera como un fin sino como un medio o una cosa que puede ser instrumentalizada o eliminada para la obtención de otros fines, ya sea el poder, una determinada concepción del Estado, o un sistema, convertidos en el fin supremo.

4) - Crear una cultura de síntesis y de armonización.

Durante mucho tiempo el mundo se ha referido a nuestra parte del planeta como "el continente de la esperanza". Hasta ahora no hemos sabido colmar esa expectativa, ya que aún no hemos conseguido superar las divisiones, la corrupción, las injusticias, las opresiones y las violaciones de los derechos humanos.

A pesar de esa situación, en la vida de los pueblos latinoamericanos continúan vigentes -aunque a veces deteriorados- muchos valores humanos y familiares que se están perdiendo en otros pueblos del mundo. Merece también destacarse que la mayoría de sus países están realizando, con esfuerzo y sacrificio, importantes ajustes en el campo económico y social, que seguramente se traducirán en grandes progresos al cabo de un cierto tiempo; y que, en el campo político, ha logrado en los últimos años el regreso a la vigencia de las instituciones democráticas.

Ahora hace falta, como ya señalamos, ir más allá del aspecto institucional, y aún del cumplimiento de las reglas del juego político, para "demostrar que se puede vivir la democracia en su significado más profundo", o sea, como una forma de vida. Nosotros creemos que, aunque serán necesarios muchos cambios en nuestra mentalidad, si los latinoamericanos lo asumimos como una obligación para con nosotros mismos y como una importante misión para el mundo, podremos realizar esa síntesis y esa **unión**

entre nuestros ideales políticos y nuestro estilo de vida.

Al principio de este ensayo nos referimos a la existencia en América Latina de muchas razas y culturas, y, también, a una serie de elementos comunes que unen a todos sus habitantes. Al mismo tiempo, si se ubica al continente en una perspectiva mundial, se observa que ocupa una posición intermedia entre los países más ricos y los países más pobres, y que todas las principales razas participan en su población, desde los de piel cobriza a los de piel negra, amarilla y blanca, con un alto y creciente porcentaje de mestizos.

Esa posición hace que América Latina esté en una situación privilegiada para desempeñar un papel de mediadora o de **punto entre las naciones pobres y las ricas, y de creadora de armonía entre las distintas razas.**

Más aún, sobre la base de que ha logrado superar las discriminaciones raciales en mayor grado que en otros países, y después de que haya conseguido reducir y resolver las graves desigualdades económicas y sociales que hoy existen en sus países, América Latina podría dar un **ejemplo de convivencia e integración racial, de justicia social y progreso solidario** al resto del mundo.

Naturalmente, eso significará adoptar una nueva actitud de respeto, justicia y atención -sin paternalismo- hacia los pueblos indígenas del continente. La ayuda más importante al indígena consiste en orientarlo hacia el des

cubrimiento de la dignidad de su condición humana, con los derechos y deberes correspondientes, y el estímulo a vivir los valores auténticos de su cultura y a armonizarlos con los valores positivos de las otras culturas.

Otro aspecto en el cual América Latina podría hacer una contribución importante a los demás países sería a través de la realización de un orden social más humano y en el cual se realice el equilibrio entre una libertad real y una equidad efectiva.

En el punto anterior nos referimos al respeto a los derechos esenciales de la persona humana, y mencionamos que uno de sus fundamentos reside en la capacidad que ella tiene para pensar y decidir por sí misma, de aprender y de optar entre lo justo y lo injusto. Ahora, al tratar el tema de una cultura de equilibrio y de síntesis, debemos destacar que cada derecho, por los mismos fundamentos, necesita ser complementado por la responsabilidad correspondiente.

Derechos y responsabilidades son como las dos caras de una misma moneda. Así, el que reclama que se respete su vida o su libertad, debe respetar la vida y la libertad de los demás. Lamentablemente, en la práctica no sucede en esa forma. Incluso se ha señalado que en varias ocasiones se ha reclamado el respeto de los derechos humanos cuando los afectados son personas pertenecientes a determinadas tendencias políticas, y se guarda silencio cuando las víctimas son de la tendencia contraria, lo cual

ha motivado la acusación de que existe manipulación política de esas reclamaciones. Es fácil comprobar que, efectivamente, eso ha sucedido en ciertos casos, como también, hablando en términos generales, que es común que se reclame el respeto de los derechos y se descuide u olvide el cumplimiento de las responsabilidades respectivas.

La creación de una cultura de síntesis, entonces, significa lograr la armonización y el equilibrio, la complementación y a veces la unión, entre una serie de principios y valores que en el mundo actual no se están realizando equilibradamente; más aún, significa poner en práctica esos principios, o sea, vivirlos, y no solamente predicarlos.

Entre esos principios, hay algunos que generalmente se encuentran en conflicto, o bajo la anulación de uno de ellos. Uno de los ejemplos más comunes es el de la realización del ideal de la justicia social a costa de la eliminación de la libertad, o, dicho en términos populares, tener el pan aunque sea sin libertad. Como se sabe, el resultado final es que se pierde la libertad y, también, el pan termina faltando.

Naturalmente, lo mismo puede decirse cuando en una sociedad se dan las libertades sin preocuparse por solucionar las disparidades sociales excesivas, con lo cual aquellas libertades se vuelven poco efectivas, y el que tiene más poder tiende a abusar de él.

La conclusión es que ambos principios, **la libertad y la justicia**, deben realizarse conjuntamente, ya que considerados por separado cada uno sólo representa respuestas incompletas, e, incluso, inestables y poco duraderas, como lo demuestra el caso del intento por lograr la justicia a cambio de la libertad, olvidando que no hay mayor injusticia que quedarse sin libertad, y terminando al final sin la una ni la otra.

Si alguno piensa que estos son temas demasiado teóricos o abstractos, debería recordar los sufrimientos y el costo en millones de vidas que produjo la aplicación del sistema totalitario comunista en Rusia y numerosas naciones, las cuales vivieron experiencias durísimas durante muchas décadas -en el caso de Rusia más de 70 años- antes de comprobar que la eliminación de las libertades no trae soluciones verdaderas, y termina en el desastre completo.

Y, lamentablemente, muchas personas, e incluso pueblos enteros, continúan encerrados en falsos dilemas que provocan luchas y sufrimientos innecesarios y estériles. Por eso una de las grandes tareas o misiones a desempeñar consiste en realizar una revolución de las perspectivas y ayudar a esas personas y pueblos a salir de esos falsos dilemas. El tema será tratado cuando hablemos del renacimiento cultural, pero nos interesaba que aquí quedará señalada **la superación de los falsos dilemas** como una parte muy importante de la misión que se espera de este llamado "mundo nuevo" y "continente de la esperanza".

Otros ejemplos de falsa oposición se dan entre:

- ... el amor a la patria y el amor a la humanidad;
- ... el amor a las tradiciones y la apertura a la evolución y el progreso;
- ... la conservación de la propia identidad y la apertura al intercambio enriquecedor;
- ... la anarquía y la autocracia;
- ... el individuo y la colectividad;
- ... lo temporal y lo espiritual;
- ... el progreso económico y político y la formación moral y espiritual;
- ... el progreso científico y tecnológico y el desarrollo moral y espiritual; etc.

Existen muchas otras áreas de la cultura donde podemos encontrar esa dicotomía, esa falsa oposición entre principios y valores que, aunque sean buenos en sí mismos, no son completos, no contienen toda la verdad, y, en consecuencia, nunca deben convertirse en el fin único.

Cuando se vuelven absolutos los principios y valores incompletos, como lo son por ejemplo los que existen en el campo político y social, entonces degeneran y **se vuelven destructivos**. Esto puede comprobarse observando los resultados de la absolutización de cualquiera de los valores mencionados recién, así como de muchos otros.

La actitud correcta consiste en completar y equilibrar los semi-valores con los valo-

res que los complementan. Por ejemplo, en el campo económico el valor libertad, esencial para lograr la productividad y el desarrollo, necesita ser complementado por el valor justicia, imprescindible para que exista la remuneración y la distribución equitativas y la armonía y el progreso social.

Esa oposición y absolutización de principios y valores es consecuencia principalmente de las desarmonías y conflictos en el interior de las personas, y de la falta de una preparación y una visión suficientemente amplias. Cuando hablemos del renacimiento cultural volveremos sobre este tema.

Ahora deseamos destacar que el desequilibrio entre el progreso científico y tecnológico y el desarrollo moral y espiritual es considerado por muchos como el problema fundamental de la humanidad actual, y la causa profunda de todos los demás problemas.

Sin duda, una de las contribuciones más importantes que deberemos hacer los latinoamericanos al mundo de hoy consiste en realizar **la armonización y la unidad entre nuestros grandes ideales y nuestra vida**, ya que la falta de coherencia entre ambos constituye la causa principal del descreimiento existente, incluso en un alto grado, sobre nosotros los latinoamericanos. Sólo así estaremos a la altura de la gran misión a la cual estamos llamados. Y cuando lo hagamos, ya estaremos cumpliendo, al mismo tiempo, con esa misión.

Es importante aclarar que la tarea de crear una cultura donde se curen las divisiones y los conflictos, se superen los falsos dilemas y se logre el entendimiento y la cooperación entre los grupos y tendencias de la sociedad, no debe significar la pretensión de querer uniformizar todos los pensamientos, y el desestímulo a la creatividad y el pensamiento propio de cada persona y grupo, raza o nación.

Las diferencias de pensamiento no tienen por qué separar necesariamente a las personas, clases, razas, naciones o grupos políticos o religiosos, a menos que estén acompañadas por actos de agresión o violencia. Por el contrario, **cuando existe una actitud abierta para buscar lo que sea justo** y el estado de espíritu debido, las diferencias pueden traducirse en un compartir y un enriquecerse mutuo, en lugar de desembocar en conflictos continuos.

Sin embargo, el logro de la unidad y la cooperación, por importantes que sean, no son suficientes, no satisfacen todas las necesidades de los hombres y las naciones, e incluso pueden, cuando su objetivo no es suficientemente grande y justo, ser causa de graves problemas, como sucede en el caso de la formación de "patotas", las sectas, la xenofobia (u odio a los demás países y el rechazo de todo lo que proviene de otras partes del mundo).

Por todo eso, además de lograr la unidad, y si es posible, para darle un objetivo bien grande, también es necesario avanzar y dar pasos muy importantes para renovar nuestras so-

ciudades tan desgarradas por problemas urgentes y necesidades acuciantes.

5) - Llegamos así a la misión principal de América Latina: **renovar nuestras sociedades a través de la transformación del hombre latinoamericano.**

El fin no es sólo la unión de nuestros países, sino una América Latina nueva. Y no habrá la una sin la otra, porque la unidad será la consecuencia de la aceptación de un gran ideal común y de una nueva calidad de vida.

Crear entendimiento y cooperación entre todos los hombres, pueblos, y la complementación entre los principios y valores tantas veces convertidos en falsos dilemas y dolorosos conflictos.

Sin embargo, el objetivo final no es sólo la unión y la renovación de América Latina: debe abarcar a toda la humanidad. Pero vayamos por partes. En este momento a nosotros nos toca ocuparnos de América Latina, lo cual ya es una tarea suficientemente grande y exigente.

Como ya vimos, en nuestro continente y en el mundo existe una crisis muy grave, que se manifiesta principalmente en una serie de problemas a nivel político, económico y social. Sin embargo, los intentos realizados por darles solución no han dado resultados duraderos.

Eso se debe a que los esfuerzos reali-

dos **no han llegado hasta la raíz profunda de esos problemas**, que consiste en la crisis de valores humanos, morales y espirituales, la cual desemboca en la crisis existencial del hombre de nuestro tiempo.

Veamos algunas opiniones autorizadas al respecto. Gunnar Myrdal, Premio Nobel de economía, después de vivir durante años en Asia para estudiar el problema de la pobreza, publicó un libro titulado, "El drama de la pobreza en Asia", donde dice: "El problema va mucho más allá de la simple adopción de planes y técnicas tomadas de los países desarrollados. Hay un problema de tradición, de mentalidad, de situación histórica. Este conjunto de circunstancias crea lo que se llama 'la nación blanda' es decir, con escasa disciplina social y con baja motivación para el trabajo productivo. Es necesario replantear todo el tema del subdesarrollo. No es cuestión ya de imitar procedimientos y planes, no es asunto de adoptar una u otra filosofía o sistema político. El resultado ha sido igualmente decepcionante bajo unos y bajo otros. Parece más bien ser cuestión de un cambio de mentalidad. **Hay que transformar a los hombres**".

Estas afirmaciones resultan corroboradas por las experiencias que se están produciendo actualmente en muchos países del continente, donde los recientes gobiernos democráticos están encontrando grandes dificultades en lograr la aceptación y aplicación de sus planes para realizar transformaciones radicales en el campo económico y social. Esa situación ha motivado

que los gobiernos hayan hecho declaraciones y tomado algunas medidas sobre la necesidad de combatir las "coimas", "mordidas" o sobornos, la corrupción, el nepotismo, la evasión de impuestos y la especulación, incluso en esferas de organismos oficiales, así como en las esferas políticas, empresariales, sindicales, etc.

Se ha comprobado también que la inflación tiene raíces morales, lo mismo que la resistencia a la desburocratización y la privatización, indispensables para reducir el déficit de los presupuestos estatales e impulsar la productividad. Como consecuencia, **muchos gobernantes y dirigentes** en todos los niveles están hablando cada vez más sobre un cambio de mentalidad general, que, naturalmente, debe comenzar primero en ellos mismos.

Otra opinión autorizada, por provenir de un prestigioso profesor de ciencias políticas y sociales, **Samuel P. Huntington**, sostiene que: "...las sociedades faltas de un gobierno estable y eficaz también carecen de la confianza mutua entre los ciudadanos... Sus culturas políticas están marcadas por la sospecha, los celos y la hostilidad latente o manifiesta... Esas características se encuentran en muchas culturas, cuyas mayores manifestaciones pueden estar quizá en el mundo árabe y en América Latina...". (Political Order in Changing Societies).

El historiador y periodista argentino **José Ignacio García Hamilton** publicó recientemente un libro titulado "Los orígenes de nues-

tra cultura autoritaria y de nuestra economía improductiva", en el cual analiza valientemente las causas de muchos males de Argentina, y, creemos, también del resto de los países latinoamericanos. Señala el incumplimiento de las leyes como un fenómeno típicamente latinoamericano, siguiendo la costumbre nacida en el tiempo de la colonia bajo el aforismo "se acata, pero no se cumple". Sostiene que el autoritarismo está presente en todos los ámbitos: en el hogar, en la escuela, en las empresas, incluso en el trato de los conductores de omnibuses a los pasajeros y peatones, de los funcionarios públicos a los ciudadanos, y, también por parte de los políticos y gobernantes. Su conclusión es que mientras no se produzca un cambio de esa mentalidad mediante la educación, será muy difícil que pueda existir una verdadera democracia y un verdadero desarrollo económico.

El cambio de mentalidad es una manifestación del hombre nuevo, aunque también es uno de los pasos que ayudan a formar ese hombre nuevo. Desde hace mucho tiempo, algunos escritores y pensadores latinoamericanos han hablado del ideal de un nuevo hombre americano.

El cubano **José Martí** habló del "hombre entero", producto de una síntesis de los valores de las razas india, negra y española. El autor uruguayo **José Enrique Rodó** escribió varios ensayos y libros en que trató el tema de América Latina. En su libro "Ariel", que motivó lo llaman "el maestro de las juventudes de América", proponía como el ideal del hombre americano "la plenitud del ser". Sostuvo "que

cada individuo sea, ante todo y sobre toda otra cosa, un ejemplar no mutilado de humanidad, en el que ninguna noble facultad del espíritu quede obliterada y ningún alto interés de todos pierda su virtud comunicativa. Aspirad, pues, a desarrollar en lo posible, no un sólo aspecto, sino la plenitud de vuestro ser... Vuestro lema en la vida debe ser mantener la integridad de vuestra condición humana".

También el dominicano **Pedro Henríquez Ureña** escribió sobre "el hombre universal" y el pedagogo argentino **Juan Mantovani** propone como ideal cultural americano "el hombre pleno", en su obra "Educación y Plenitud Humana".

En la actualidad, uno de los autores que se ha dedicado a pensar con profundidad sobre el significado del conjunto de las naciones latinoamericanas es el venezolano **Arturo Uslar Pietri**, quien, el 25 de septiembre de 1988, escribió en el diario "La Nación", de Buenos Aires: "Lo que ocurrió en 1492 no fue el descubrimiento físico de un nuevo mundo, ni tampoco tan sólo un fortuito encuentro de culturas, sino el inicio de la creación de un gran proceso histórico que afectó a toda la humanidad y que resultó en la **formación de un nuevo mundo**, distinto de los otros que concurrieron a formarlo, con la interacción de indígenas, europeos y africanos, para producir **una nueva realidad humana** dentro de la cultura occidental" (Los subrayados corren por cuenta nuestra).

En todos estos casos tenemos la visión de un hombre nuevo que sería el producto de una

nueva síntesis cultural. Nuestra propuesta sobre la misión de América Latina coincide con los ideales de algunos de los escritores más ilustres de la historia de nuestro continente.

Esos escritores, sin embargo, no hacen mayores precisiones sobre las **características que debe tener ese nuevo hombre latinoamericano**. Aunque la naturaleza de este trabajo no permite extendernos demasiado sobre el tema, haremos algunas breves consideraciones al respecto.

Si tomamos como referencia las características que necesita tener para poder cumplir con la misión a que está llamado, podemos destacar las siguientes, relacionadas con cada uno de los aspectos que vimos de esa misión.

En primer término, para estar capacitado para hacer de la democracia una forma de vida, debe tener **la escala de valores y las actitudes** correspondientes basadas en el **respeto** y la **tolerancia**, la **apertura al verdadero diálogo**, el **espíritu de entendimiento y cooperación**, el **conocimiento** y la **asunción de sus derechos** y sus **responsabilidades**. Todas estas cualidades solamente son posibles después de **grandes cambios en nuestra mentalidad y en nuestro carácter**, o sea, un nuevo estilo de vida, con mucha coherencia y responsabilidad.

En segundo lugar, para poder lograr la libertad, la justicia y el progreso en el orden social y económico, el hombre nuevo latinoamericano deberá ser **humilde, honesto e incorrup-**

tible, tener autodisciplina, creatividad, dedicación, persistencia, espíritu de superación y sentido de la solidaridad y de justicia. Cualidades que también sólo se consiguen después de una muy buena formación y profundos cambios.

El tercer aspecto de la misión del hombre latinoamericano consiste en la **comprensión de la dignidad de la persona humana y el respeto de sus derechos fundamentales**, tanto individuales como familiares, políticos y sociales.

Este descubrimiento y aceptación del valor de la persona humana debería ser la característica principal de ese hombre nuevo, y la razón profunda de todas sus actividades y actitudes en la vida, tanto personal, como familiar y social, y de su **rechazo** a todo lo que atenta contra esa dignidad de la condición humana, y de su dedicación a **promover** todo lo que conduce al crecimiento de las personas en humanidad y de la sociedad en solidaridad.

El cuarto aspecto de su misión, la creación de una cultura de integración y de armonización, tanto entre las clases, razas y naciones, como entre los ideales, principios y valores, así como entre ellos y nuestra vida práctica, exigirá que el hombre nuevo latinoamericano tenga **una visión muy amplia** y una **profunda formación humanística**, que haya conquistado la **armonía interior** y haya desarrollado la **capacidad de amar y servir** a todas las personas.

Por ejemplo, el falso dilema que se produce a nivel político y social entre los principios de libertad e igualdad se supera cuando se aplica el principio de la solidaridad, pero éste último generalmente no se tiene en la debida consideración porque se dice que no tiene carácter científico.

Eso demuestra la importancia de una formación humanística integral como una característica del hombre nuevo. Y, naturalmente, la unión entre los ideales y la vida significa que debe tener una gran **coherencia y autenticidad**.

El quinto y último aspecto de la misión de América Latina consiste en la renovación de la sociedad mediante la transformación del hombre latinoamericano. Acabamos de ver algunas de las características que debe tener ese hombre nuevo latinoamericano. ¿Qué podrá ayudarlo más para que llegue a ser ese hombre nuevo?

Este es el aspecto principal de su misión, y el más exigente, porque además de todas las características anteriores en alto grado, debe tener **una gran concepción o proyecto de esa nueva América Latina, una estrategia y un plan** sobre cómo hacerla realidad, una **real dedicación**, y, **sobre todo, muchísimo amor**.

Nos referimos al amor oblativo y responsable, que se preocupa por ayudar a las personas a crecer en humanidad y a la sociedad a ser realmente solidaria, a solucionar los pro-

blemas y avanzar en todos los sentidos hacia la renovación de nuestros países y nuestro continente.

Y lo que más puede ayudar a ser ese hombre nuevo y a cambiar la sociedad es el descubrimiento de que sus habitantes somos todos **hijos de un mismo Padre** que nos ama, independientemente de nuestra raza, nacionalidad o condición social, cultural o política. El día en que nos concienticemos de esa realidad fundamental nos sentiremos como verdaderos hermanos, y, en consecuencia, ya no habrá en nuestro continente nadie con las manos vacías por falta de trabajo, con el estómago vacío por falta de alimento, con el corazón vacío por falta de amor, con la mente vacía por falta de un gran ideal, o con una crisis existencial por no haber encontrado el sentido de la vida.

Entonces habrá llegado el momento en que América Latina podrá hacer su mayor contribución al resto de la humanidad: dar testimonio de una forma de vida que el mundo ha estado esperando encontrar y hacer realidad desde el comienzo de la historia.

Estos cinco grandes aspectos -y podría haber otros- que hemos pensado comprende la misión de América Latina, pueden parecer demasiado grandes, y, en consecuencia, irrealizables. Pero **se trata de objetivos que es necesario tener para inspirarnos, motivarnos y guiarnos**, aunque sabemos que su realización requerirá esfuerzos ingentes y continuados, que deberán ser cumplidos en varias etapas.

También creemos que, en muchos casos, el cambio a realizar no depende tanto del factor tiempo como del factor decisión. Y que si no hacemos un verdadero esfuerzo para ir hasta la causa de las causas de los problemas, ellos continuarán agravándose, y puede que llegue el momento en que sea demasiado tarde porque la situación habrá escapado a toda posibilidad de solución o de control por caminos democráticos o pacíficos.

V) El camino: un renacimiento cultural

Lograr la convivencia armoniosa, la integración y la cooperación entre un conjunto tan vasto -ya casi 500 millones de personas- de razas y naciones, y la renovación y transformación de su escala de valores y su estilo de vida, es una empresa gigantesca. Pero cuanto más grande y justo es nuestro objetivo, mayor es nuestra dedicación a realizarlo.

Ya tuvimos oportunidad, mientras desarrollábamos los temas anteriores, de señalar varios de los métodos o caminos para alcanzar las metas que íbamos proponiendo, como, por ejemplo, **la formación de un nuevo tipo de dirigente** con determinadas características y motivado por el amor y el servicio; **el cambio de mentalidad**, que abarcaba desde el aspecto moral, el equilibrio emocional, la fortaleza de carácter y la escala de valores hasta el descubrimiento del valor de la persona humana; la educación en las virtudes sociales, como la ho-

nestidad y la generosidad, y en las virtudes necesarias en el campo político y económico, como el respeto, el diálogo, la cooperación, la justicia y la solidaridad.

La necesidad de ese nuevo tipo de dirigente y del cambio de mentalidad quedó fundamentada en la reflexión sobre la forma como terminaron sus vidas los próceres de nuestra Independencia, sobre la crisis y los problemas en el mundo y en nuestro continente, en las exigencias de la nueva situación y los cambios profundos y acelerados en casi todo el planeta, y, sobre todo, en el proceso de deshumanización generalizado -salvo algunos casos, especialmente el de ciertos grupos y comunidades que mantienen los valores fundamentales.

Dichos grupos y comunidades, especialmente las familias, constituyen no sólo el refugio donde se defienden muchos valores, sino también uno de los medios más eficaces para su difusión, y para actuar como agente de renovación de la sociedad.

Por eso, otro de los métodos que deben utilizarse para la realización de los objetivos señalados consiste en la **ampliación y reafirmación de los valores de la familia**, y en ayudarla al cumplimiento de su misión, que comprende principalmente ser comunidad de amor y de vida, escuela de unión y de diálogo, y formadora de personas que tengan amor por todas las personas y países, sensibilidad social y espíritu de superación y de servicio.

Naturalmente, después de la familia, la educación y los centros de enseñanza desempeñan un papel fundamental; pero debe ser **una educación integral, humanizante, personalizante, liberadora y relevante, que enseñe a crecer en el ser.** O sea, que enseñe el arte de pensar por sí mismo con un pensamiento claro, crítico y constructivo; a sentir con sinceridad, equilibrio y generosidad; a decidir con responsabilidad, valentía y firmeza; y a meditar con profundidad para que la personalidad interior entera se armonice y se realice a través del descubrimiento de los valores morales y espirituales y el sentido de la vida.

Compitiendo con la educación está la influencia creciente de los **medios de comunicación social**, en sus múltiples formas escritas, la radiotelefonía y, muy especialmente, la televisión. En muchos países los jóvenes dedican mayor cantidad de tiempo a la televisión que a la asistencia a clases en los centros de enseñanza, recibiendo un constante bombardeo de ejemplos y propuestas basados en una escala de valores principalmente materialista, hedonista y violenta.

Esa situación hace urgente que esos jóvenes -y todas las personas- reciban una formación que los ayude a estructurar y asumir con firmeza una escala de valores sanos y justos que los haga menos influenciables -o ininfluenciables- y los oriente hacia la verdad, el bien, la belleza, la justicia, el amor y el ser vicio.

En ese sentido es de importancia fundamental la tarea de los **escritores, artistas, intelectuales y trabajadores de la cultura** en general, ya que ellos son los inspiradores y creadores, cuestionadores o negadores, difusores y promotores de corrientes de pensamiento y modelos de vida que ejercen enorme influencia sobre generaciones enteras, produciendo en algunos casos efectos profundos y duraderos.

Ellos tienen una responsabilidad sagrada en la formación de la manera de pensar y de sentir de millones de personas, especialmente los jóvenes.

Para explicar mejor nuestro pensamiento debemos ahora referirnos al tema del renacimiento cultural, que proponemos como medio y camino principal para el cumplimiento de la misión de América Latina según la hemos delineado en las páginas anteriores.

Empecemos por una breve precisión sobre el **concepto de la cultura**. Usamos el término en un sentido muy amplio, para referirnos a todo lo que hace el hombre en sus relaciones con los demás hombres, con la naturaleza y con Dios. Como vimos al comienzo de este ensayo, abarca la lengua, las tradiciones y costumbres, las instituciones, los valores y desvalores, la vida política, económica y social, y las creencias religiosas.

O sea, todos los temas que estamos tratando pertenecen al mundo de la cultura, y, por lo tanto, la realización de los diversos aspectos de la misión a que está llamada América Latina significa trascendentes propuestas en el campo cultural.

Recordemos las numerosas exigencias de profundos cambios en nuestra escala de valores, nuestro carácter y nuestro estilo de vida que implica vivir la democracia en su significado más profundo, construir un orden social y económico con libertad, justicia y solidaridad, practicar el respeto a los derechos esenciales de la persona humana, crear una cultura de síntesis y de armonización entre nuestros ideales y nuestra vida, y renovar nuestras sociedades mediante la transformación del hombre latinoamericano.

Para facilitar su comprensión, vamos a dividir la gigantesca tarea que significa ese **renacimiento cultural en tres grandes aspectos:**

a) **Valores que reafirmar, revitalizar o mejorar.**

En América Latina tenemos muchos valores que son reconocidos, incluso en otras partes del mundo. Entre ellos merecen destacarse algunos como: los valores de la familia, de la cordialidad y de la amistad; la hospitalidad, la comunicación y el compartir; el sentido del humor, de la armonía y de la solidaridad; el amor a la tierra y a la libertad; el talento literario y oratorio, musical y artístico; el

entusiasmo, la fe y la religiosidad.

Naturalmente, estos valores no se dan siempre ni en todas partes, pero creemos que son los que predominan en general. Puede observarse que en su mayoría están relacionados con las cualidades del corazón o de la afectividad. Muchos de esos valores son los que nos capacitan para poder cumplir la misión a que entendemos estamos llamados los latinoamericanos.

También hay otros valores, aunque no sean predominantes o característicos. Carlos Moyano Llerena, en un artículo publicado en "La Nación" de Buenos Aires el 3 de de Septiembre de 1990, se refiere a algunos de ellos: "Es una insensatez dedicar la vida a ganar dinero, a gastarlo o acumularlo". Y señala entre "los valores de la cultura de los países pre-capitalistas del Tercer Mundo: disponer de tiempo libre para disfrutar de la convivencia en la familia, de la amistad, de la solidaridad, de la alegría del juego y de la fiesta, o de la vida religiosa".

Esperamos haber sido tan objetivos en esta enumeración de algunos de los valores que se viven en nuestro continente como nos esforzaremos por serlo en el aspecto siguiente, que se refiere a los desvalores.

b) Desvalores y contravalores que deben ser corregidos, descartados o abandonados.

Entre los principales debemos mencio-

nar "el machismo" y el erotismo, la inconstancia y la superficialidad, "el facilismo" y la irresponsabilidad, el comodismo y la indiferencia, la envidia y "el criticismo", la demagogia y la corrupción, el fanatismo y la violencia, etc. Muchos de estos desvalores son valores desviados, como, por ejemplo, el erotismo -caso de amor desviado- y la demagogia- don de la oratoria mal empleado.

Sabemos que es una enumeración incompleta de nuestros desvalores, y que no menciona todas las consecuencias y problemas que derivan de cada uno de ellos, pero creemos que hemos mencionado los principales.

Es bueno aclarar que no siempre se tienen esos desvalores, sino que se trata muchas veces de tendencias y de influencias del ambiente; pero, lamentablemente, también se pueden encontrar en numerosos casos. Y no debe servir de consuelo o excusa decir que también existen en otras partes del mundo. Si tenemos verdadero amor por nuestros países, no debemos sobreprotegerlos y dejar que continúen teniendo esos aspectos negativos; al contrario, debemos ser realistas para poder reconocer y curar nuestros males.

Nunca podremos solucionar nuestros problemas, y menos aún asumir y cumplir nuestra misión, mientras no enfrentemos y dejemos atrás esos desvalores. Con esto no queremos decir que hay que alcanzar la perfección antes de poder comenzar esa gran tarea.

c) **Valores que es necesario sustituir, completar o crear.**

Aquí, a su vez, podemos distinguir situaciones diferentes que requieren diferentes tratamientos.

1. - **En primer término**, tenemos una serie de valores que son necesarios para dar respuesta a los desvalores y **sustituirlos**.

Algunos casos son los siguientes:

- sustituir la corrupción y el oportunismo por la honestidad y la justicia;
- sustituir el "machismo" y el erotismo por el respeto y la pureza.
- sustituir el "criticismo" y la envidia por la equidad y el altruismo;
- sustituir el "facilismo" y la inconstancia por la responsabilidad y la auto-disciplina;
- sustituir el odio y la violencia por el amor y el servicio...

2. - **En segundo término**, principios y valores que, por ser incompletos, es necesario **completar o equilibrar**. Cuando tratamos el cuarto aspecto de la misión de América Latina, la creación de una cultura de síntesis y de armonización, nos referimos a una serie de principios y valores que, aunque buenos en sí mismos, necesitan ser complementados con otros principios y valores que los equilibren y ayuden a realizarse sin caer en extremismos

o absolutizaciones que producen resultados desastrosos, como lo ha demostrado la historia, en especial la historia reciente.

Entre los casos de complementación o de síntesis mencionamos la necesidad de la unión entre nuestros ideales políticos y nuestra vida práctica; entre los derechos y las responsabilidades; entre la libertad, la igualdad y la justicia; entre el amor a la patria y el amor a la humanidad; entre la defensa de la tradición y el deseo de progresar; entre el desarrollo integral de la persona humana y la promoción de la sociedad; entre el progreso científico y tecnológico y el desarrollo moral y espiritual; etc.

Existen muchos otros dilemas de falsa oposición que, en la mayoría de los casos, pueden resolverse sustituyendo la "o" por una "y".

3. - **En tercer término**, la creación de nuevos valores, y la realización de experiencias o nuevos modelos de sociedad.

Naturalmente, no se trata de la invención o verdadera creación de valores o sociedades totalmente nuevas, ya que eso no parece posible, sino de lograr adelantos importantes en el campo de la cultura y de las realizaciones sociales.

Aunque algunos países hayan progresado más que otros, creemos sea justo decir que, actualmente, en ninguna parte del mundo existe una sociedad ante la cual podamos decir: "¡Ahí está el modelo de sociedad que todos nosotros queremos ser!". Además, en el supuesto de que llegara a existir tal modelo de sociedad, no sería conveniente que todos los países la copiaran y tuviéramos un mundo uniforme. Más bien el camino correcto sería el de buscar alcanzar las mismas realizaciones positivas pero siguiendo caminos propios, y manteniendo nuestros valores y nuestra identidad nacional y cultural.

Por eso **América Latina no debe imitar a nadie, sino ser ella misma.** Eso no es incompatible con la evolución y el progreso, y, especialmente, con el cumplimiento de nuestra misión. Más aún, nunca llegaremos a ser plenamente nosotros mismos hasta que no realicemos la misión a la cual estamos llamados. Lo mismo que las personas, las naciones sólo se encuentran y se realizan a sí mismas cuando se entregan por completo a su fin o destino más elevado.

Según lo hemos expresado y fundamentado en el capítulo quinto, una de las misiones de América Latina es demostrar que se puede vivir la democracia en su significado más profundo; y, sin ninguna duda, cuando logre hacerlo estará dando

una contribución importantísima hacia una sociedad nueva y mejor.

Lo mismo si logra crear un nuevo orden social y económico donde sean realizados con el debido equilibrio los principios de libertad, justicia y solidaridad; o si realmente pone en práctica el pleno respeto de los derechos esenciales de la persona humana.

También, y muy especialmente, la realización de una cultura de síntesis y de armonización significará una creación cultural y un aporte trascendental a la humanidad. Si tenemos en cuenta que el término cultura abarca todos los aspectos de la vida y recordamos los lineamientos de la misión de América Latina expresados en el desarrollo de su cuarto aspecto, nos encontraremos con los numerosos falsos dilemas de nuestro tiempo que esperan ser superados, y también que se logre la convivencia armoniosa entre las razas, naciones, clases y credos, que se realice el intercambio enriquecedor y una posible síntesis entre las diferentes culturas, y, no menos importante, que exista la coherencia entre los ideales que se proclaman y la forma como se vive.

Finalmente, la renovación de las sociedades mediante la transformación del hombre latinoamericano constituye una serie numerosa de actos esencialmente

creativos a todos los niveles. Vimos que no hay soluciones reales y permanentes si no se va a la raíz, o sea, al cambio del hombre, y lo mismo, sobre todo, para la realización de la misión de América Latina.

Recordamos, además, la visión sobre ese hombre nuevo que tuvieron algunos de nuestros grandes escritores y pensadores, desde Martí y Rodó hasta Uslar Pietri, y señalamos algunas de las características que entendemos debe tener ese hombre.

CONCLUSION

Sabemos que algunas personas suelen culpar de los problemas de América Latina a otros países, a los sistemas económicos o al orden económico internacional actual. Nosotros no negaremos que en parte nuestros problemas tienen causas exógenas o externas. Pero si adoptamos la actitud de culpar exclusivamente, o aún principalmente, a otros de nuestros problemas, crearemos que podemos continuar viviendo en la misma forma y sin preocuparnos por realizar las transformaciones que vimos son tan necesarias en nuestra sociedad. Mientras no enfrentemos que somos los principales responsables de nuestros problemas, no habrá una verdadera solución.

Pero no se trata de cambiar sólo para ser un poco mejores, sino porque existen muchos problemas graves y urgentes que necesitan ser solucionados, y esa solución no podrá venir de hombres corrompidos, divididos, demagógicos, "machistas", motivados por el placer, el dinero o el poder.

Solamente hombres honestos y con elevadas motivaciones, capaces de crear confianza y cooperación, con una justa estructuración de principios y valores y proyectos bien elaborados, podrán ser eficaces en crear una sociedad más humana, justa y solidaria. Deben ser hombres que valoran la dignidad del ser humano; pero sin caer en posiciones ingenuas ni pesi-

mistas sobre el hombre, ya que unas desembocan en el desorden y la anarquía y las otras en el paternalismo y la dictadura.

La mencionada valoración de la condición humana también es fundamental para que exista la dedicación a la promoción integral de todo el hombre, tomando en cuenta no sólo sus necesidades primarias sino sus necesidades superiores, incluso las culturales, morales y espirituales, y para que no se excluya a nadie, cualquiera sea su raza, su nacionalidad, credo o condición social o económica.

Las divisiones basadas en el color, la clase, la nacionalidad o las creencias políticas o religiosas, son falsas divisiones. La única verdadera división, creemos, es la que existe entre los que están dispuestos a aprender y cambiar, a unirse y a construir, y los que se niegan a hacerlo. E incluso no hay que atacar, en cuanto personas, a los que se niegan a cambiar. La actitud correcta es la de luchar contra el error, no contra las personas o pueblos, clases o razas.

El día en que aprendamos a luchar por las personas, no contra ellas, estaremos siendo sus verdaderos educadores, liberadores y promotores. Y cuando aprendamos a sustituir las actitudes "anti" las personas por las actitudes "pro", estaremos empezando a emplear una metodología realmente eficaz para solucionar los problemas y construir una sociedad más unida, justa y humana.

PAPEL DE LA JUVENTUD

Especialmente, en esa tarea debe incluirse a las nuevas generaciones, con su entusiasmo, su dinamismo, su creatividad, su apertura y su entrega generosa.

Al respecto, creemos justo mencionar la existencia de un movimiento donde los jóvenes están a la vanguardia: el Movimiento Latinoamericano ¡Viva la Gente!. Formado en Enero de 1970 en un congreso en Uruguay, donde tiene personería jurídica reconocida por el gobierno, el Elenco Latinoamericano ha trabajado sin interrupción durante 22 años en más de 800 ciudades del continente, dedicado principalmente a la formación de un nuevo tipo de líderes, a la unión y la integración entre los países latinoamericanos y a producir un cambio de mentalidad en sus pueblos. Es un trabajo independiente y sin fines de lucro, que utiliza como principales medios un espectáculo musical con canciones originales, cursos sobre el desarrollo integral de la personalidad y para la formación de dirigentes, convivencias y congresos, revistas y libros, y profusamente la prensa, la radio y la televisión.

Ha recibido apoyo de los ministerios de educación, cultura y relaciones exteriores de la mayoría de los países visitados, así como de clubes de servicio, colegios y universidades, instituciones educativas, religiosas y empresariales, y de familias y jóvenes en general.

Un episodio puede servir para ilustrar los resultados conseguidos. En 1970, un grupo de jóvenes chilenos se integró al Elenco y recorrió varias ciudades en el interior de Argentina. Un día dijeron en una reunión: "¿Sabes por qué a muchos chilenos les gusta tanto el tango? ¡Porque en cada tango muere por lo menos un argentino! Pero ahora, luego de vivir en hogares de familias argentinas y de conocer a la verdadera Argentina, hemos comprendido que estábamos equivocados. Cuando regresemos a Chile, vamos a luchar para que se produzca un cambio en la actitud de los chilenos que estén en esa posición". Un cambio semejante se produjo en los argentinos que fueron con el Elenco a Brasil, en los colombianos cuando fueron a Venezuela, en los salvadoreños cuando fueron a Honduras, y en muchos otros casos.

Mientras el Elenco Latinoamericano estaba en Caracas, el entonces Canciller de Venezuela, Dr. Aristides Calvani, dio una conferencia a sus integrantes, subrayando que era el único grupo que estaba trabajando a tiempo completo por la causa de la integración, la cual era la condición indispensable "para que nuestros países no pierdan el ómnibus de la historia".

Y cuando el Elenco estuvo en Santiago de Chile, el 15 de Julio de 1970, se entrevistó con don Eduardo Frei, entonces presidente del país, quien dijo a los jóvenes integrantes que "su misión es de importancia trascendental. La integración de América Latina no debe realizarse solamente a nivel económico, sino, princi-

palmente, en el aspecto cultural y espiritual".

Al escribir esta ponencia en Chile en 1991, recordemos con emoción aquellas palabras, que fueron y continúan siendo un gran estímulo e inspiración para continuar trabajando por una nueva América Latina, limpia, unida, próspera, donde se respeten los derechos humanos, se asuman las responsabilidades correspondientes y exista una manera de vivir capaz de satisfacer las necesidades profundas de sus habitantes.

* * * * *

INDICE

PROLOGO

- I) La identidad de América Latina...Pág. 6
- II) El mandato histórico de nuestros próceres.....Pág. 11
- III) Las nuevas exigencias de la situación mundial.....Pág. 13
- IV) La misión de América Latina: sus cinco aspectos principales.....Pág. 22
- V) El camino: un renacimiento cultural. Sus grandes lineamientos. Papel de la familia, los educadores, los comunicadores sociales, los escritores y artistas, las nuevas generaciones.....Pág.47